

ESTUDIOS

EL TRIGO DERRAMADO Y EL PROBLEMA DE LA BIOGRAFÍA COMO FORMA HISTORIOGRÁFICA*

María Elena González Deluca (**)

¿Cuál grano causa el ruido en la caída de la fanega de trigo derramada? ¿El primero, el milésimo? Johan Huizinga, uno de los historiadores más distintivos del siglo pasado, citaba a Heráclito para ilustrar su posición en relación con una de las preguntas del debate sobre los contrastes del conocimiento histórico.¹ ¿La historiografía debe concentrarse en lo general o en lo particular? ¿Son las sucesiones regulares o los acontecimientos contingentes los que explican la historia? Y finalmente la pregunta que subyace detrás de la que figura al principio: ¿Es el individuo o son los movimientos colectivos la sustancia que hace inteligible la historia?

Huizinga rechaza la lógica de las preguntas, como en su tiempo lo hizo Heráclito: es imposible identificar cuál o cuáles granos causan el ruido. La única respuesta es que los granos lo hacen en su conjunto. Aunque, agregamos, es probable que siendo la naturaleza lo que es, algunos granos sean más grandes que otros y hagan más ruido. El historiador holandés traslada el argumento al debate sobre la historia y su respuesta apunta a la falacia del asunto: “La pregunta de si es el individuo o el grupo el que hace la Historia, es lógicamente imposible de contestar, y para el historiador, irrelevante”..

Huizinga reconoce, sin embargo, que las expresiones de rechazo resonaban muy alto: “¡No nos sigan dando héroes y tiranos, no nos describan las vidas de mortales desde la cuna a la sepultura [...]! ¡Dadnos antes la vida de las masas, sus penas y sufrimientos, sus esperanzas e ilusiones, sus pasiones y sus hechos violentos!”²

* En la fundamentación metodológica de mi tesis doctoral, *Entre fronteras. Vida y tiempos del gringo que puso a Caracas sobre rieles*, en el año 2000, expuse estas ideas, y luego en una ponencia en las Jornadas de Investigación de la Facultad de Humanidades y Educación, de la Universidad Central de Venezuela, en 2003.

** Licenciada en Historia (UCV). Master of Science en Historia Económica (London School of Economics, Universidad de Londres). Doctora en Historia (UCV).

1 J. Huizinga, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, Tucumán, Editorial Cervantes, s/f., pp. 62-64.

2 Huizinga, *Ibid.*, p. 63.

En las conferencias que dictó en la Universidad Internacional de Verano de Santander a fines de julio de 1934, el autor de *El otoño de la Edad Media* hacía estas reflexiones. Eran los días cruciales de la consolidación del nazismo en Alemania, cuando en rápida sucesión ocurría la supresión de las libertades civiles, la disolución de los partidos políticos y de los antes poderosos sindicatos, el control del ejército y de las instituciones, incluyendo el poder legislativo. Así, ante un mundo boquiabierto, quedaron en manos de Adolf Hitler las facultades que ejerció de modo implacable con las dramáticas consecuencias conocidas. El historiador que prefirió en 1942, a sus 70 años, la prisión en un campo de concentración y la muerte antes que doblegarse ante la dictadura nazi, como muchos de sus colegas universitarios, no podía imaginar entonces las consecuencias de esta acumulación del poder individual.

En una de las conferencias Huizinga criticaba el “espíritu del tiempo moderno, con su nueva generación, hacia lo colectivo, con su odio contra todo individualismo, [que] ha gritado con gran convicción: No son los héroes los individuos, los que hacen la Historia, sino los grupos, las clases, los pueblos, las razas”.³ En 1934 comenzaba a delinarse la nefasta contradicción entre esta concepción de la historia y el drama colectivo que comenzaba en Alemania, y se extendería luego a otros pueblos, arrastrados por un individuo enloquecido que decía actuar en defensa de la identidad racial de su pueblo. ¿Era la sociedad alemana o era Hitler el responsable de las fuerzas destructoras que desató el nazismo? Huizinga tal vez hubiera respondido, es el trigo derramado.

Siete décadas después de aquel verano europeo, el debate continúa. Las reservas de muchos historiadores sobre la legitimidad de la biografía como modelo de explicación histórica indican que es un tema no resuelto.⁴ En contraste, en los últimos años se ha reactivado la producción de estudios biográficos, algunos salidos de sus críticos, y, desde luego, gran número de biografías noveladas, algunas por historiadores profesionales.⁵

Es también una situación contrastante que la literatura sobre problemas teóricos y metodológicos de la historia casi no trata, o lo hace muy de pasada, el tema de la biografía y sus exigencias metodológicas, ni tampoco se ocupa de la cuestión teórica del papel del individuo en la historia.

3 Huizinga, *Ibid*, p.64.

4 La mayor parte de las críticas vienen de la escuela francesa y de historiadores de otras partes, sobre todo entre seguidores de los *Annales*. Sabina Loriga en “La biographie comme problème” (J. Revel, coord, *Jeux d'Eschelles*. Paris, Gallimard, 1996, p.210). refiere los planteamientos críticos de Pierre Bourdieu, Jean Claude Passeron y Jacques Le Goff, a quien citamos más adelante.

5 Por ejemplo del historiador francés Max Gallo, a quien algunos colegas llaman el “Michelet de los supermercados” por el éxito comercial de sus libros, entre ellos varias populares biografías noveladas.

Los términos del debate plantean también dudas sobre su naturaleza puramente académica, a la vez que sugieren el deslizamiento –inevitable?– de posiciones ideológicas con connotaciones políticas. Siendo así, el análisis de la polémica debe descifrar una doble racionalidad: la que tiene asidero en una postura teórico historiográfica y la que se fundamenta en una concepción teórico política, o ético política, que, sin duda, se proyecta en una particular representación de los hechos históricos.

Proponemos aquí una revisión del problema y de los términos del debate, destacando estos aspectos: 1.- El problema en sí; 2.- Las diversas respuestas al problema; 3.- Su evolución hasta los replanteamientos de finales del siglo XX y 4.- La biografía como estrategia metodológica para proyectar el análisis hacia temas de orden epocal y como enlace para analizar diferentes contextos. Comentamos por último una experiencia de trabajo que ilustra este punto.

I. Individuo e historia: el problema

El historiador Jacques Le Goff publicó en la década pasada una biografía de Luis IX, “San Luis”, que, según sus propias palabras, significó un verdadero reto.⁶ Posteriormente declaró, en entrevista concedida en septiembre de 2003, que el espíritu de combate de la historiografía de los *Annales* seguía alerta, aunque sus manifestaciones fueran menos agresivas que a mediados del siglo XX, y agregó que hoy en día “combatimos [los historiadores de esa escuela] lo que yo considero como “regresiones”, el regreso, por ejemplo, de la biografía (mi *St. Louis* es más bien una anti-biografía)”.⁷

Las afirmaciones de Le Goff, el más reconocido historiador vivo de la tradición historiográfica de los *Annales*, reviven las controversias representativas del movimiento de renovación de las bases científicas del estudio histórico, del siglo XX. La cuestión de la relación entre biografía e historia y el problema teórico del papel del individuo en la historia, abrió entonces debates que reflejan las controvertidas perspectivas sobre los modos de mirar, conocer, comprender y explicar el pasado que agitaron el quehacer historiográfico en el último siglo.

6 Jacques Le Goff, *Saint Louis*. (Bibliothèque des Histories). París, Gallimard, 1996. La declaración de Le Goff aparece en “¿Existió San Luis?”, entrevista en la revista *Label France*, París, Ministerio de Asuntos Exteriores, N° 24, junio 1996.

7 “The history of innovation and revolt” Entrevista de Josef Tancer con Jacques Le Goff. *Eurozine*. 5 de septiembre 2003. Esta advertencia no se refiere sólo a la biografía; también la narración, los fenómenos singulares, de los que se ocupa la microhistoria, incluso la historia política, se consideran “regresos”.

Es, por otra parte, una polémica con repercusiones fuera del ámbito de la disciplina. De hecho en el tema se cruzan los intereses de creadores del campo literario y de los historiadores, sin mencionar intereses más circunstanciales. También ha captado el interés de un público amplio e intelectualmente variado, en razón de la popularidad de la biografía como forma literaria.⁸ De allí que para muchos resulta una polémica incomprensible, puesto que, siendo la biografía una de las formas más antiguas, constantes y populares de acceso al pasado, su cuestionamiento parece paradójico.

Pero volviendo a Le Goff, su comentario sugiere varias preguntas. ¿Cómo entender su preocupación? ¿Qué razón tiene su alerta sobre el regreso de la biografía si en verdad ésta nunca desapareció, ni siquiera en los tiempos en que tuvo menos prestigio entre los historiadores profesionales? ¿Hay bases para esa advertencia? ¿Cómo interpretar sus reservas considerando que él mismo, como hicieron otros historiadores “serios”, escribió una biografía, aunque prefiera llamarla anti-biografía? ¿Resulta compatible su posición crítica con su decisión de escoger como tema de su biografía a un protagonista de la historia de la baja edad media, un biografiado clásico: San Luis, el rey piadoso, canonizado por la Iglesia, cuyo amor a la justicia lo enfrentó al poder de los señores feudales del siglo XIII? ¿Por qué, a fin de descubrir al verdadero San Luis, su personalidad, su individualidad, utiliza los recursos menospreciados por los críticos de la biografía: las anécdotas y los detalles “suficientemente concretos de su vida cotidiana [la de San Luis] como para decirme: este sí es él?”

En resumen, Le Goff recurre precisamente a los elementos que más se han cuestionado en la biografía clásica, el personaje protagonista con características de héroe y los detalles de la pequeña historia ¿qué validez tiene entonces su advertencia contra la biografía?

Aunque el tema cobra un cariz polémico y se hace relevante, sobre todo en el siglo XX, es notable que ya en la historiografía antigua se advierten las posiciones básicas sobre el problema, que en nuestro tiempo se han formalizado como posturas teóricas y como estrategias metodológicas.

Sobre esto escribió José Luis Romero hace más de medio siglo cuando destacó la existencia de dos tipos de biografía. En el modelo arquetípico el individuo

8 Valga el ejemplo de la siguiente nota al final de un extenso artículo sobre la vida de Elizabeth de Austria (Sissi) en una revista femenina: “que el género de la novela biográfica no es un género puro. Tiene tanto de historia y realidad como de ficción y fantasía. La biografía tiene como mérito estudiar e historiar al personaje en su entorno real y decir obligatoriamente la verdad lógica de los hechos. Sin embargo, el mérito de la novela es darle forma a la historia”... (*Vanidades*, año 41 –2001–, N° 22, p.103.).

9 “¿Existió San Luis?” entrevista a Le Goff. *Label France*, N° 24, junio 1996.

aparece como encarnación de los ideales de la vida colectiva: así Solón, representa el arquetipo del estadista, el organizador del Estado ateniense; Leónidas, el guerrero que llega al sacrificio. El individuo tiene significación en la biografía arquetípica sólo como referencia de los valores más generales de la comunidad a la que pertenece.

El segundo modelo es la biografía individualista, que se ciñe a la personalidad del héroe y pone de relieve como interés central su registro vital.¹⁰ El clásico aquí es Plutarco, autor de cincuenta biografías de hombres notables que, en su mayoría, vienen en pares: un héroe griego y uno romano.

El mismo Plutarco definió su ejercicio al señalar que no escribía historia sino vidas, “vidas paralelas”, con lo cual indicaba que su interés se concentraba más en el fenómeno singular de las circunstancias personales que en la vida colectiva.

Al distinguir entre vidas e historia, Plutarco tomó posición sobre el problema que ha alimentado polémicas cíclicas entre los historiadores: si la biografía es historia, o en otras palabras si es posible estudiar la personalidad individual como sujeto histórico, separada del colectivo social al que pertenece. Problema ya advertido por historiadores de la era anterior a Cristo, como Tucídides y Polibio, que entendieron la biografía, como lo haría siglos después Plutarco, como un ejercicio distinto, separado, de la historia.

Entre la antigüedad y los tiempos modernos están los siglos de la Edad Media en los que la hagiografía desempeñó el papel de la biografía arquetípica.¹¹ Pero antes que irrumpiera con fuerza la modernidad, en el Renacimiento vuelven al primer plano los personajes, identificados no tanto por sus virtudes como por su relación con determinados acontecimientos históricos.

Personajes como Cristóbal Colón, a quien la biografía atribuye nada menos que la hazaña de haber descubierto un nuevo mundo, o Leonardo da Vinci, cuya genialidad habría podido cambiar el mundo, o Erasmo que provocó el cisma de la Iglesia, son la materia prima de que está hecha la biografía moderna. En el plano político, la decadencia del sistema feudal y el fortalecimiento de la monarquía, que en algunos países conduce a la monarquía absoluta. El monarca con poderes absolutos cobra así especial relieve en el análisis historiográfico y da sustancia a la biografía política.

10 José Luis Romero, *Sobre la biografía y la historia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945, pp.27-34.

11 Según Jacob Burckhardt, las semblanzas de emperadores y de diversos personajes importantes las *vitae* profanas se escriben en la Edad Media en paralelo a las vidas de santos, pero no son verdaderas biografías sino historia contemporánea ...”sin el menor sentido de lo individual”. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Madrid, Obras Maestras, 1959, p. 251.

Lentamente se desarrollan los cambios que llevan al siglo XVIII, época en que cobra definición lo que François Xavier Guerra llama la gran mutación cultural de la Modernidad. Es decir la “invención” del individuo que ... “va ocupando el centro de todo el sistema de referencias, remodelando, a pesar de la inercia social y de múltiples resistencias, los valores, el imaginario, las instituciones...”¹²

En ese contexto, los valores individuales adquieren nueva relevancia y el individuo comienza a ser considerado como protagonista, capaz no sólo de forjar su propia vida, sino de influir en el orden colectivo. Se perfila el concepto de los grandes protagonistas de la historia, los grandes hombres –otra cosa serían los personajes femeninos que en la época no eran tema de estudio– capaces de alterar un supuesto curso prefijado de la historia.

Pero no es sino hasta el siglo antepasado que la actividad editorial da cuenta de la atracción que ejerce la vida de estos personajes sobre escritores y lectores. También es en esa época cuando las nociones que fundamentan el análisis histórico y las teorizaciones sobre el papel de la personalidad individual adquieren entidad como problemas metodológicos. La historia, antes del siglo XIX, simplemente se escribía pero casi no se pensaba a sí misma en tanto disciplina sujeta a exigencias de rigurosidad científica.

La biografía, sin embargo, se construye a partir de esquemas de acercamiento a la historia bastante libres con respecto a la preceptiva metodológica, lo que le otorga cierta autonomía con respecto a los estudios de síntesis histórica. Como ejercicio historiográfico, desarrolla características propias que le permiten ocupar un espacio particular. Es el que acerca la historia al lector culto no especializado, interesado en una forma de acceso más próxima a su propia escala individual.

Precisamente, ese espacio de la historia, que se sitúa un poco al margen o sin aceptación rigurosa de los procedimientos de la crítica, el análisis y la síntesis histórica, es el que los historiadores de la escuela alemana y francesa del siglo XIX identifican como contrario a la verdad científica.¹³

Aunque se critica a la biografía la exaltación del individuo a expensas de las fuerzas colectivas de la historia, lo cierto es que no es frecuente una polarización radical, es decir la biografía que ignore el contexto social. Así como tampoco, en el otro extremo, las síntesis que borran a los actores individuales.

Esto no es sino el reconocimiento, por la vía empírica o teórica, de que la historia es un fenómeno que obliga a un análisis multifocal para explicar tres

12 François Xavier Guerra, *Modernidad e Independencia*, México, FCE, 1993, p. 85.

13 C.V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*. Madrid, Daniel Jorro Editor, 1913, pp.1-13.

dimensiones que se superponen: la que corresponde al plano de acción del individuo (sus capacidades, actitudes, ideas, valores, creencias); la que determina el medio en que interactúa (su grupo, clase social, el conjunto social, la nación); y la época a la que pertenece (el sistema internacional de relaciones políticas, económicas, culturales, sociales), en la cual se insertan las dos anteriores.

La biografía, como cualquier otro estudio histórico, debe definir el valor de esas tres coordenadas: individuo-medio-época y es precisamente la diferencia de valor asignado a cada una lo que determina distintos enfoques que oscilan entre dos polos: aquel en el que el individuo y su microcosmos se convierten en foco del análisis por su capacidad para actuar sobre el medio y su época; y, el otro, en el que el individuo es objeto de interés en la medida en que se plasman en él los valores e ideales del medio y de la época.

Pero el empleo de uno u otro enfoque obedece, más que a las preferencias del autor a la realidad histórica como dato. Así, en períodos de quiebra de las fuerzas que cohesionan la comunidad, surgiría una tendencia al predominio del enfoque individualista. El segundo sería la opción cuando en la comunidad actúan fuerzas que concentran el interés en las acciones e ideales colectivos, pasando el individuo a ser significativo en la medida de su representatividad con respecto a ellos.

II. Un problema con distintas respuestas

Las respuestas al problema, como vemos, son diversas. En el siglo XIX, pese a las objeciones contra las formas historiográficas más favorecidas por el público, el sujeto histórico individual se convierte en objeto de estudio.. La posición extrema en relación con el tema la sostiene Ralph Waldo Emerson que llegó a escribir en 1839 su famoso aforismo: "No hay historia. Sólo hay biografía", queriendo decir que las experiencias son individuales, no trasmisibles y que en realidad no hay herencia histórica colectiva sino vidas individuales.¹⁴

Por la misma época, Tomas Carlyle daba sus famosas conferencias, publicadas con el título: **Los Héroes, el culto de los Héroes y lo Heroico en la Historia**, en las que discurrió sobre la historia de grandes hombres cuyas vidas eran en sí mismas compendio de la historia universal. Para Carlyle la historia del mundo es la historia del resultado de la acción de los héroes.¹⁵ Más aún que Emerson,

14 Stephen E. Wicher (Ed), **Selections from Ralph Waldo Emerson**. Boston, Houghton Mifflin Company, 1957, p.135.

15 Tomas Carlyle, **Los Héroes. El Culto de los Héroes y lo Heroico en la Historia**. México, Editorial Porrúa, S.A., 1986. Las conferencias fueron pronunciadas en 1840.

con quien mantuvo una larga relación de amistad, el escritor británico entendía que la biografía de los héroes era una forma eficaz de explicación de la historia.¹⁶

Pero ¿cómo se reconoce al héroe? Carlyle, destaca ante todo su capacidad para modelar la vida general, también que sus vidas sean ejemplo para la masa humana, en un vasto sentido, y finalmente que todo lo que vemos cumplido y es centro de atención sea resultado “material y externo” de los “grandes hombres”, expresión que resulta equivalente de la condición de héroe. Así, la vida de los héroes, en quienes se reconocen estos atributos, permite penetrar ... “hasta la propia esencia de la mundanal Historia”.¹⁷

En las mencionadas conferencias Carlyle analizó seis clases de héroes; del mundo de la religión, la cultura y las ideas: Odín, la divinidad; Mahoma, el profeta; Dante y Shakespeare, poetas, Lutero y Knox, sacerdotes; Johnson, Rousseau, Burn, hombres de letras; y Cromwell y Napoleón, a los que dedicó su sexta conferencia “El héroe como rey”.

Sólo dos de estos héroes eran actores del ámbito político militar, y sin embargo dejó bien claro que los consideraba un tipo superior de héroes, “el compendio de las varias formas de heroísmo: maestro, sacerdote; todas las grandezas y dignidades [...] otras tantas se personifican y toman cuerpo en éste que nos manda y nos da constante enseñanza; que a todas horas del día nos dice lo que debemos hacer. A este hombre se le llama *rex*”...¹⁸

Ni los discursos electorales ni las mociones parlamentarias, ni los proyectos reformistas, ni las revoluciones *à la* francesa, “significan nada”, decía a su nutrido público en la conferencia del 22 de mayo de 1840. Y proseguía “Buscad en cualquier país el hombre más capaz, el más hábil que en él resida; elevadle a la suprema dignidad, reverenciadle lealmente, y habréis conseguido para aquel país un Gobierno perfecto”...¹⁹.

Esta visión de la historia, sin duda conservadora y congruente con su posición política antiliberal, no era inocente. Carlyle hacía hablar al pasado, según su propia óptica, en favor de sus ideas sobre el presente. No creía en las elecciones, ni, desde luego, en la democracia. No desconocía la importancia de las fuerzas colectivas, pero advertía una distancia, casi un abismo, entre el cuerpo social y el individuo, en quien distingue la capacidad de actuar con eficacia.

16 Otro historiador británico Thomas Babington Macaulay dejó grandes biografías de personajes como Horacio Walpole, Guillermo Pitt.

17 Carlyle, *Los Héroes*, p. 3.

18 *Ibid.* p. 159.

19 *Ibid.*

Los héroes, en la visión de Carlyle, no son modelos o ejemplos de perfección moral sino individuos dotados de un vigor espiritual especial, capaces de demostrarlo en épocas de dificultades, es decir capaces de ejercer un “liderazgo heroico”. Los grandes hombres son también hombres fuertes, hombres de armas a la vez que hábiles políticos: Oliver Cromwell, Napoleón Bonaparte y Federico, el Grande, el emperador de Prusia.²⁰

Si, como se ve, la época y las ideas del momento inclinaban al estudio y la divulgación de las gestas heroicas y de los liderazgos políticos y militares, ningún escenario era más apropiado para el desarrollo de esos temas que el de los procesos de la independencia en América. Allí, grandes ejércitos y sobresalientes jefes militares y políticos habían combatido contra una dominación decadente y por la defensa de los valores fundamentales de la modernidad: la libertad, la independencia, los derechos ciudadanos.

Para los historiadores de inspiración romántica, sobre todo de América Latina, que escribieron después de la independencia, el estudio de esos acontecimientos y de la vida de sus personajes principales, satisfacía a la vez las exigencias de la conciencia patriótica y los dictados de la historiografía del momento, inclinada a resaltar las acciones de los grandes héroes.²¹

No es, por lo tanto, incongruente con los tiempos que el culto de los héroes tuviera relevancia. A partir del liderazgo heroico, la biografía se identifica como la forma ideal para exaltar –o combatir– la personalidad individual, y en general como instrumento de la función didáctica que la dirigencia política atribuye a la historia. Por eso, el argentino Sarmiento confesaba su gusto por la biografía porque “es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas”.

La condición múltiple de escritores, historiadores y políticos de los notables de la época era otra circunstancia favorable a la biografía que requiere, sin duda, de competencias literarias. Sin embargo, no puede hablarse en la historiografía latinoamericana del siglo XIX, o americana en general, de un predominio de la biografía de los héroes y notables de la independencia.

Es importante dejar en claro que, si bien se atribuye a la historia tradicional una visión muy inclinada hacia el tiempo corto de los acontecimientos de la política, en la que destaca el papel de los personajes protagonistas, los héroes, la

20 La *Historia de Federico, el Grande*, su obra en 6 volúmenes dedicada al héroe prusiano a la que dedicó catorce años de investigación revela su ideal de héroe. Su defensa de los liderazgos fuertes y su posición conservadora y racista alejó a sus amistades, Emerson entre ellos.

21 Sin duda en esta época la producción biográfica de mayor difusión viene de la literatura. Walter Scott y sus novelas de tema histórico eran tan populares que el mismo Le Goff confiesa su influencia.

historiografía ha dado por lo general preferencia al análisis de los fenómenos colectivos, independientemente de que se destaque el papel de los personajes que hicieron más ruido.

El concepto del culto al héroe no es ciertamente una fábula. Sin embargo, es dominante sobre todo en las versiones oficiales, o para-oficiales, de la historia y en las obras que adhieren por distintas razones al ideal patriótico. Una revista a la historiografía permite apreciar la escasa producción de obras biográficas en el siglo XIX latinoamericano. Sin duda, es el tratamiento de los héroes, su exaltación, a veces en obras generales y en otras expresiones, el fundamento del culto, más que la cantidad de biografías. Pero dice algo el dato de su reducido número.

En Venezuela, la independencia creó unas condiciones excepcionales para la actuación de líderes con grandes talentos políticos y militares: Simón Bolívar, Francisco Miranda, Antonio José de Sucre, José Antonio Páez, por mencionar los más sobresalientes. No hay otro país en América que haya tenido tal concentración de personajes excepcionales en el tiempo corto del acontecimiento de la independencia. Sin embargo, sólo hay un estudio biográfico de Bolívar en el siglo XIX, el de Felipe Larrazábal, **Vida del Libertador Simón Bolívar**, de 1864. Tampoco hubo entonces biografías importantes dedicadas a los otros personajes.

Puede decirse que el interés en estudiar la vida del Libertador es un fenómeno del siglo XX, cuando se publican casi todas las biografías; primero las de autores extranjeros, de mayor difusión, como las de Salvador de Madariaga, Emil Ludwig y Gerhard Masur. Y las de escritores venezolanos, la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX. Tal vez esto sea indicativo de una cierta reverencia, o quizá corresponda a los tiempos más recientes la necesidad de estudiar a Bolívar, o expresar ideas de interés contemporáneo a través de su biografía.

Otros casos excepcionales, considerando el magro panorama del siglo XIX, son los estudios biográficos de Bartolomé Mitre, en Argentina, sobre los dos máximos héroes de la independencia en el sur: **Historia de [Manuel] Belgrano y la independencia argentina**, (1857), y la **Historia de [José de] San Martín y de la emancipación sudamericana**, (1887) que, como indican los títulos son algo más que "simples biografías" para emplear la expresión del autor.

Mitre escribe en 1886 que "Por grande que sea un hombre y el espacio que ocupe en la historia de una época, no es posible encerrar dentro de sus lineamientos la vida múltiple de un pueblo y el movimiento colectivo que constituye la verdadera historia, tal cual es comprendida por la ciencia moderna"...²²

22 Bartolomé Mitre, **Historia de Belgrano y de la independencia argentina**. Prólogo de la cuarta edición 1886. Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1947, tomo I, p. 50.

Como se ve, la visión de Mitre se aparta de la concepción heroica de la biografía y reitera la idea de que biografía e historia son dos ejercicios distintos, aunque complementarios a juzgar por su obra. En todo caso para un contexto complejo y vasto como el de la independencia, Mitre admite que la biografía es un molde estrecho.²³ Pero el análisis del proceso no puede minimizar el papel de estos personajes.

Es cierto que la independencia sigue siendo, vista a la distancia de dos siglos, el acontecimiento histórico de proyección continental con mayor capacidad movilizadora de grandes segmentos de la población. Pero hay otra manifestación singular insoslayable de ese tiempo: los liderazgos individuales, inicio de los personalismos políticos de tan destacada presencia en nuestra historia.²⁴

El amplio arco de la significación de estos personajes dominantes oscila entre su rol necesario de guía militar y político y su actuación como caudillo despótico, en el contexto de una cultura política que desconoce los mecanismos de participación y los confunde con la lealtad a la autoridad individual.

En unas condiciones como las que dominaron en la independencia, individuo y sociedad tienen una entidad sobresaliente y el desafío sigue siendo explicarlos, no en función de una idea que opte *a priori* por la preeminencia de uno u otro, sino para revelar la complejidad de la época y su peso específico en el curso de los acontecimientos.²⁵

El desafío consiste en analizar la relación entre el personaje y la sociedad en sus verdaderos términos, sin distorsionarla. El análisis del personalismo suele plantearse por lo general desde la perspectiva del individuo, de su poder e influencia en la sociedad y de la necesidad de explicar los atributos del poder personal.²⁶ Pero en esos “retratos”, típicos del análisis de nuestros caudillos del siglo XIX (y también de casos más recientes), los factores sociales que crean al personaje quedan por lo general desdibujados, con lo que se pierden las claves interpretativas.

23 Mitre, *Ibid*, p.49.

24 Como bien señala Graciela Soriano de García Pelayo, el personalismo lejos de ser exclusivamente hispanoamericano, es recurrente en la historia universal. **El personalismo político hispanoamericano del siglo XIX**. Caracas, Monte Ávila, 1996.

25 No deja de ser contradictorio que a la vez que se constata el carácter excluyente y personalista de la política latinoamericana, algunos obras resalten los fenómenos colectivos como determinantes y se tienda a desdibujar el peso de las figuras individuales.

26 La típica referencia es la concepción del “gendarme necesario” de Laureano Vallenilla Lanz, **Obras Completas**. “Cesarismo Democrático”. Caracas, CIH, Universidad Santa María, 1983.

Por otra parte, el gendarme necesario, el caudillo, el líder, el conductor, no siempre es el individuo que reúne los atributos personales de más valía. Para infortunio nuestro es recurrente como fenómeno histórico el personaje que sobresale por malas artes, gracias a factores críticos que bajan las defensas sociales contra sus ambiciones.

Estos “protagonistas de la historia” se explican por las circunstancias anómalas que los encumbran, pero en otras condiciones probablemente no lo serían. El historiador francés Henry Berr, hace más de medio siglo, al estudiar el tema de la individualidad personal, una de las formas de la contingencia en la historia, distinguía entre individuos anormales, monstruos, e individuos excepcionales, héroes.²⁷

Dos ejemplos europeos vienen al caso, no sin mencionar que en nuestra historia abundan situaciones similares.

Uno es Napoleón III, o Luis Napoleón, el sobrino de Napoleón Bonaparte, que ejerció el poder imperial con facultades absolutas, después de dar un golpe de estado a la República en 1851. Sin duda popular, los franceses lo ratificaron en las urnas y celebraron al “emperador de los trabajadores”, por sus gestos en favor de los más numerosos y los más pobres, y su política de comida barata, obras públicas y fiestas frecuentes.

Sobre él escribía Karl Marx en 1869 en el “Prefacio” de **El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte**: “que la lucha de clases en Francia creó las circunstancias y condiciones que permitieron a un individuo mediocre y grotesco, jugar el papel de héroe”.²⁸

Otro de estos “héroes grotescos” es Adolf Hitler, estudiado nuevamente por el historiador británico Ian Kershaw en su extensa biografía de 1998. En el “Prefacio”, el autor explica que las divergencias interpretativas en la historiografía sobre Hitler le hicieron vencer sus reservas sobre el género biográfico y adoptar, con “una mirada crítica”, el modelo biográfico para reexaminar el tema.

En el proceso de crear la biografía de Hitler más que su “extraña personalidad” le interesó a Kershaw entender cómo pudo lograr la obediencia ciega de la sociedad y del ejército de un país moderno y culto, un individuo sin jerarquía, sin otro talento que provocar “las emociones más viles de las masas”, un ... “demagogo de cervecería de escasa formación, un patriotero racis-

27 Henry Berr, *La synthèse en histoire*. Paris, Editions Albin Michel, 1953, p.74. Jacob Burckhardt en *Reflexiones sobre la Historia Universal* habla del “hombre patológico”.

28 K. Marx, “The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte”, K. Marx, *Surveys from Exile*. London, Penguin Books, 1973, p. 144.

ta, un narcisista megalómano, que se proclamó él mismo salvador de la patria”...²⁹

La clave, dice Kershaw, no está en los “atributos de la personalidad de Hitler” sino en la conjunción de sus motivaciones personales con las políticas y sociales del pueblo alemán, atribulado por los reveses contra su orgullo nacional desde la primera postguerra. Pero fueron las inconsistencias sociales más que sus capacidades de líder, las que lo proyectaron al lugar que ocupó.

En estos casos, se revela con fuerza la complejidad de la relación individuo-sociedad. ¿Significan estos dos ejemplos que la sociedad va mal cuando se encumbra uno de estos aviesos personajes? Y si es así, ¿va bien cuando actúa un líder competente y probo? En otras palabras, ¿el contexto social siempre explica de modo lineal a la biografía? ¿Pueden las sociedades producir liderazgos de signo contrario a su propia esencia?

Tal vez estas preguntas no tengan respuesta definitiva. Entre otras razones porque las motivaciones del análisis histórico a veces son extrañas a la disciplina y la tendencia a justificar suele imponerse a la necesidad de explicar.

III. El debate del siglo XX

En Europa y en América comenzó a imponerse en el siglo XIX la noción de la historia como ciencia, bien por desarrollos específicos de la disciplina, como en Alemania y en Francia, o desde concepciones teórico filosóficas como el positivismo y el marxismo que formalizan otros criterios. Esto nos sitúa en el clima de ideas dominante en gran parte del siglo XX.

Las exigencias metodológicas plantean una mirada diferente y en adelante es en el terreno aparentemente más firme de las fuerzas impersonales que se busca la explicación de los agentes determinantes del proceso histórico.

En el ámbito crecientemente profesionalizado del estudio de la historia, sobre todo a partir de entreguerras cuando se constituye el grupo de los *Annales*, la biografía pasó a ser si no desatendida al menos poco apreciada por los historiadores que adscribían a las pautas de nuevas tendencias historiográficas. Incluso se forman corrientes vigorosamente opuestas a la biografía, como entre los historiadores alemanes de los setenta.³⁰

29 Ian Kershaw, *Hitler*. Barcelona, Editorial Península, 2001, tomo I, p.11 y p. 1121.

30 Así caracteriza Ian Kershaw la posición de los historiadores alemanes, *Op. Cit.*, tomo I, p.9.

El interés de los especialistas comprometidos con el ideal de una historia nueva, sujeta a los pautas del rigor científico, una “historia seria” como diría Fernand Braudel, tiende a centrarse en las estructuras de larga duración, en los temas sociales y económicos, en los sistemas culturales, en la mentalidad colectiva, en todos los procesos que cambian lentamente.³¹ Según esto, los fenómenos de duración secular son los únicos que permiten escudriñar en profundidad y los que revelan la esencia de la historia.

Hay que señalar, sin embargo, que entre los fundamentalistas de la historia estructural no figuraron los grandes historiadores de los *Annales*, empezando por el mismo Fernand Braudel que entendía la historia como una articulación de tres tiempos: el tiempo casi inmóvil de las estructuras, el tiempo lento de la coyuntura y el tiempo corto, más veloz, “a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos”.³²

En el segmento intermedio del siglo XX, entre 1930 y 1970, la historiografía que se practicaba en los centros universitarios de investigación atendía con preferencia a los fenómenos colectivos de largo o mediano plazo: la coyuntura y la estructura, y a la comprensión con criterio de totalidad, alejada de la especialización.

Además, una parte importante de la historiografía de esos años orbitaba alrededor de la fuerte influencia del marxismo, perceptible hasta en historiadores no marxistas. Como en la historiografía de la Escuela de los *Annales*, de mayor aceptación en medios académicos, incluso fuera de Francia, los estudios de influencia marxista identificaban en la estructura económico-social el marco de referencia explicativo del análisis histórico.

Desde los cincuenta, la posibilidad del análisis de datos seriados a través de las técnicas de la informática, revolucionaria desde sus inicios, reafirmó el prestigio de los enfoques cuantitativos y promovió el empleo de los modelos de explicación y de simulación entre los cultores de la **New Economic History**, sobre todo en el mundo académico anglosajón.

Esta fue una innovación poderosamente seductora que dio fuerza al discurso basado en generalizaciones interpretativas aplicables a grandes conjuntos sociales.

31 Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1976. Tomo II, pp. 336-337. En Estados Unidos, surgió en la primera posguerra “La Nueva Historia”, movimiento encabezado por el historiador H. E. Barnes que rechazaba el énfasis en lo político y en la historia narrativa. J. Huizinga, *Op. Cit.* p. 83. En Italia también surge la *Nueva Revista Stórica* comprometida con nuevos postulados historiográficos.

32 F. Braudel, *Op. Cit.*, tomo I, p. 18.

El interés historiográfico parecía alejarse, así, de lo estrictamente individual y singular.³³

Estas posturas, por otra parte, daban al discurso histórico una carga semántica que lo distanciaba del estilo narrativo propio de la historia tradicional. Así, el enfoque biográfico cuyo tiempo es el del acontecimiento, necesariamente corto, o, a lo más el de la coyuntura, y demanda una escritura con fuerte contenido narrativo, quedó relegado.

El hecho de que el tiempo corto, el acontecimiento, el individuo, no figuraran entre las preferencias de los historiadores que marcaban la singladura del oficio, no significó que la biografía desapareciera como forma historiográfica. Pero sí que no se le reconociera el mismo valor explicativo que, digamos, al estudio de la demografía, de las series de precios, de la vida material, de los grandes procesos sociales y económicos.

El sujeto individual seguía contando como tema de estudio pero preferentemente en tanto tipo social, es decir como representación de un fenómeno más general, no como núcleo temático independiente. Por otra parte, la biografía como dato histórico en obras generales no podía desaparecer a riesgo de ofrecer una visión coja y limitada.³⁴

Sin duda, no abonaba la idea de una decadencia del interés por el individuo el hecho de que la biografía novelada, o la biografía popular leída al modo de las vidas ejemplares, siguieran siendo formas de acercamiento a la historia con gran aceptación, sin importar el distorsionamiento y la ausencia de criterios científicos.

Incluso en medios académicos donde la biografía era subestimada como un ejercicio propio de la historiografía tradicional, no faltaron ejemplos de su efectividad como instrumento de comprensión e interpretación de la historia. Así, a mediados del siglo pasado uno de los mejores ejemplos de ese género fue **Hitler, estudio de la tiranía**, por Allan Bullock, que toma al personaje como centro del análisis, al punto de identificarlo con la historia del Tercer Reich:

Mi tema no es la dictadura, sino el dictador, el poder personal de un hombre, aunque puede añadirse que para la mayor parte de los años

33 Jacques Le Goff "L'histoire nouvelle". Jacques le Goff, Roger Chartier, Jacques Revel, **La Nouvelle Histoire**. Paris, Les Encyclopedies du Savoir Moderne., 1978, pp. 210-240.

34 Ni siquiera Karl Marx en **El Capital**, pudo ignorar a individuos como Robert Owen y sus proyectos sobre la clase obrera, Eli Whitney, Richard Arkwright y sus inventos, y a los economistas burgueses, Adam Smith, o Ricardo Senior.

*entre 1933 y 1945, es idéntico a la mayor parte de la historia del Tercer Reich.*³⁵

Aquí hay que notar que este es un caso en que el tema del individuo se impone al historiador no desde una perspectiva teórica, sino como dato de la realidad. La actuación de Hitler fue central en los acontecimientos de la década y media que termina en 1945, y esto no puede presentarse de otro modo, incluso si la biografía no fuera el objetivo de la investigación.

Ahora bien, la obra de Bullock es un caso relativamente aislado, que no logra romper el prestigio intelectual del análisis histórico basado en las fuerzas impersonales, predominante en esos años.

Por otra parte, en esta época y desde la perspectiva de otras disciplinas se postulan otros paradigmas en relación con el análisis biográfico. Erik Erikson, psicoanalista formado bajo la dirección de Anna Freud que desarrolló en los cincuenta estudios biográficos de enfoque psicohistórico, sostenía que la tarea del psicoanalista es semejante a la del historiador porque ambos intentan reconstruir vidas pasadas, mediante la indagación retrospectiva.

En su **Young Man Luther. A study in Psychoanalysis and History**, (1958), Erikson sostiene el valor explicativo fundamental de la dimensión psicológica del personaje, conformada en la niñez y en la primera juventud, casi al punto de representarla como una variable independiente del contexto histórico.³⁶ En esa obra intentó demostrar que la ruptura de Lutero con la Iglesia Católica fue una vía que escogió para resolver su crisis de identidad.

Erikson, de esta manera, continuaba y materializaba la percepción de Sigmund Freud de la conexión explicativa entre psique individual e historia, así como el postulado de que la experiencia ancestral y la experiencia individual concurren en la formación del carácter individual: “La investigación psicoanalítica descubre en la vida psíquica del individuo humano hechos que nos permiten resolver más de un enigma de la vida colectiva de los hombres”...³⁷

Desde fines de los sesenta comenzaron a ocurrir cambios que tuvieron impacto en el trabajo de los historiadores. El desgaste de las visiones esquemáticas y el cuestionamiento de nociones que negaban la importancia de analizar el tiempo corto, fueron manifestaciones visibles de los cambios.

35 Alan Bullock, **Hitler, A Study in Tyranny**. Londres, Pelican Books, 1967, p.13.

36 Erick H. Erikson, **Historia personal y circunstancia histórica**. Madrid, Alianza editorial, 1979, pp. 131-135. La relación entre el inconsciente y la historia es analizada por Pierre Flottes, **El inconsciente en la historia**. Madrid, Guadarrama, 1971.

37 Sigmund Freud, “Introducción al psicoanálisis”. **Obras Completas**. Madrid, 1948, p. 143.

Fue ganando terreno la reacción contra explicaciones que se volvieron muy rígidas, mecánicas y que dejaban fuera dimensiones de la historia que no encajaban en la teoría.

El año 1968 fue clave para entender el debilitamiento de la certidumbre de las interpretaciones de la Escuela de los *Annales* y, en general, de las explicaciones que tendían a ignorar la significación del acontecimiento.

Precisamente, ese fue un año fecundo en acontecimientos de gran impacto. La violencia política en Estados Unidos; la ofensiva contra las fuerzas norteamericanas en Viet Nam; y sobre todo, las movilizaciones estudiantiles que conmovieron sistemas de dominación política en apariencia fuertemente arraigados.

El mayo francés, la primavera de Praga, las manifestaciones de Tlatelolco, en México, fueron protagonizados no por una clase social definida con criterios socioeconómicos, sino por estudiantes, un sector que se identificaba por su edad y por su posición transitoria en el mundo de la cultura académica.

Como señaló el historiador François Xavier Guerra, el mayo francés fue un acontecimiento que provocó la crisis del Estado gaullista en medio de un período de auge económico, no había desempleo ni dificultades económicas que afectaran a grandes sectores de la sociedad. Los tres movimientos estudiantiles se presentaron como acontecimientos inesperados, con significado político más que socioeconómico; el desafío a los marcos de explicación aceptados fue un ramalazo que sacudió sus bases teóricas.³⁸

La preocupación por repensar la importancia del acontecimiento en la explicación histórica desde entonces empezó a matizar las convicciones dominantes, sobre todo la que privilegiaba el tiempo de las estructuras y subvaluaba el acontecimiento.

En 1972 Pierre Nora escribió un artículo que luego reelaboró con el título “La vuelta del acontecimiento”, en el que destaca el “acontecimiento moderno”, a partir del *affaire* Dreyfus, cuyo carácter excepcional está estrechamente ligado a los medios de comunicación de masas.³⁹

Nora relaciona el interés en el acontecimiento con la práctica historiográfica que estudia el presente, a diferencia de la que analiza el pasado en la larga duración. Igualmente, destaca la significación del dato que corresponde al tiempo corto: “El acontecimiento tiene la virtud de atar en un haz unos significados dispersos.

38 F. X. Guerra, “Testimonios”. Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort (Comp.), *Historiadores de México en el siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 484-485.

39 Pierre Nora, “La vuelta del acontecimiento”. Jacques Le Goff, Pierre Nora, *Hacer la historia*. Barcelona, Editorial Laia, 1978, pp.221-239.

Al historiador corresponde desatarlos para pasar de la evidencia del acontecimiento a la puesta de manifiesto del sistema. Pues la unicidad, para que sea inteligible, postula siempre la existencia de una serie que la novedad hace surgir”.⁴⁰

En el mismo sentido, George Duby, en una larga entrevista o conversación con Guy Lardreau entre 1978 y 1979, observó que “la ventaja del acontecimiento es la de ser revelador” y añadió que un acontecimiento: la batalla de Bouvines le había permitido ver mejor cómo se comportaban los caballeros en el campo de batalla, a principios del siglo XIII y así esbozar una antropología de la guerra feudal.⁴¹ “El acontecimiento es como un adoquín que se lanza a un charco” que remueve las profundidades y trae a la superficie el fondo cenagoso.

Viniendo de un historiador de la Escuela de los *Annales* estas declaraciones tenían particular valor, aunque Duby nunca fue un historiador indiferente a la importancia del tiempo corto, de los acontecimientos y los personajes.

El personaje excepcional, como dice el mismo Duby, cumple para el historiador el mismo papel que el acontecimiento. El comportamiento, la mentalidad, las representaciones del mundo se revelan a través del personaje. Y, puesto que el personaje excepcional es el que ha dejado huella, el que ha hablado, cuyas palabras se han conservado y sobre el que se ha hablado, a través de él puede conocerse la condición común de la sociedad de su tiempo. En esa personalidad hay al mismo tiempo algo insólito, perturbador de su entorno, que provoca repercusión en su contexto.⁴²

Esta última es la condición que Duby valora en Eleonora de Aquitania, de quien se ocupó en su pequeña biografía.⁴³ La reina de Francia y de Inglaterra, de cuya seducción hablan las leyendas y los escasos testimonios indirectos, fue un personaje perturbador. De gran belleza, rebelde, infiel, divorciada, poderosa y mujer, eran atributos que en el siglo XII formaban una combinación perturbadora. Duby reconstruye su biografía con los inciertos testimonios y tradiciones de la época que dicen más sobre el tiempo en que vivió que sobre el personaje. En la medida en que se conoce la época es posible contrastar la historia y la leyenda, y así conocer al personaje y la representación femenina medieval.

En nuestros días, la biografía ha renovado sus posibilidades metodológicas, De nuevo figura en el menú de opciones temáticas y metodológicas de la historiografía académica.

40 *Ibid.* p. 237.

41 Georges Duby, *Diálogos sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau*. Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 59.

42 *Ibid.* p.60.

43 “Leonor”. *Leonor de Aquitania y María Magdalena*. Madrid, Alianza editorial, 1996.

Desde los sesenta el método biográfico comenzó a usarse en la Sociología, en la Antropología y en la Psicología Social, con criterio cuantitativo, con apoyo en relatos orales autobiográficos y en las encuestas etnográficas. Las llamadas historias o relatos de vida, se construyen en el marco de grupos de referencia como la familia, la pandilla, o minorías étnicas o de inmigrantes.⁴⁴

Más ligada a la historia, pero también con criterio cuantitativo, la prosopografía propone estudios biográficos seriados para analizar la composición de grupos o élites de poder. El historiador colombiano Medófilo Medina cita, por ejemplo el libro de Víctor Manuel Uribe, **Rebellion of the young mandarines: Lawyers, political parties and the state in Colombia, 1780-1850**, que examina el papel de los abogados-burócratas en el proceso político de Nueva Granada a través de la biografía de esos abogados.⁴⁵

Otro historiador, el francés Claude Manceron, estudia los orígenes de la revolución francesa a través de una serie de biografías de personajes de la época.⁴⁶ También Michel Bertrand empleó el recurso prosopográfico para reconstruir linajes familiares en Nueva España en los siglos XVII y XVIII empleando la técnica de la historia de vida.⁴⁷

Pero en la prosopografía como en la técnica usada por los antropólogos y otros científicos sociales se pierde la evaluación de la cualidad individual, que es a lo que apunta la biografía, porque interesa a los prosopógrafos destacar los elementos comunes de un universo de actores y para ello se privilegia el criterio cuantitativo.

Este enfoque de la biografía adquirió mayor significación por el empleo de la informática. Como señala François Xavier Guerra, aunque el avance al principio parecía sólo técnico ... “de hecho [la informática] hacía posible un cambio profundo en la manera de concebir los estudios sociales y políticos al permitir la cuantificación no sólo de los actores, sino también de las múltiples variables que la conforman”...⁴⁸

44 Sobre el método biográfico en las historias de vida puede leerse: Juan José Pujadas Muñoz, **El método biográfico: El uso de las historias de vida en las ciencias sociales**. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992.

45 Medófilo Medina, **Juegos de rebeldía. La trayectoria política de Saúl Charris de la Hoz (1914-)**. Bogotá, Comité de Investigaciones para el Desarrollo Científico, 1997, p. 16.

46 Claude Manceron, **La Revolution qui léve, 1785-1787**. Paris, 1979.

47 M. Bertrand, “Las redes de sociabilidad en la Nueva España: fundamentos de un modelo familiar en México (siglos XVII-XVIII)”. Georges Baudot (coord.), **Podery desviaciones: génesis de una sociedad mestiza en Mesoamérica**. México, siglo XXI, 1998, pp. 103-133.

48 F.X. Guerra, “Testimonios”. Enrique Florescano y Ricardo Pérex Monfort, **Op. cit.**, p. 486.

La biografía contemporánea, entonces, ofrece posibilidades interpretativas más complejas. En su función tradicional, el interés se centra en la vida del personaje con el propósito de estudiar su vida y su personalidad por su propia importancia histórica. Pero empleada como estrategia metodológica es una forma de abordar el campo de las relaciones entre el individuo y las manifestaciones sociales, que permite un juego de escalas entre lo micro y lo macro.

Esto significa que la selección temática no necesariamente está guiada por la influencia determinante del personaje estudiado. Entran en consideración criterios que buscan construir a través de la biografía una estrategia flexible para abordar determinados fenómenos o áreas: las ideas, la mentalidad, los liderazgos, el poder, la cultura popular, las estructuras burocráticas, los negocios, la vida cotidiana, las prácticas religiosas, el comportamiento...

Uno de los desarrollos más novedosos en la perspectiva de usar la biografía como estrategia metodológica ha sido en las últimas décadas el de la llamada microhistoria que hace uso de situaciones locales y de episodios biográficos para inferir de allí ideas aplicables a realidades más amplias.

Como estudios de microhistoria aplicados a la cultura popular, están los casos del molinero Menocchio (Doménico Scandella) y su cosmogonía de **El queso y los gusanos** que escribió Carlo Ginsburg; o la famosa historia que recreó Natalie Zemon Davis en **El regreso de Martin Guerre**, en un enfoque que incorpora el recurso de la imaginación dirigida para reconstruir situaciones.

La microhistoria, dentro de la historiografía postmoderna que agitó el debate entre los 80 y los 90, replanteó el debate sobre la biografía en las últimas décadas. Los críticos no apuntaban a las limitaciones de la visión tradicional sino a las preferencias de la historiografía postmoderna por el tiempo corto y la narración como forma del discurso histórico, y también a la relativización de la idea de la verdad histórica para dar cabida al plano de lo subjetivo. Historiadores como Jerzy Topolski o Joseph Fontana rechazaron la historiografía postmodernista como una moda pasajera, aunque Topolski reconocía la validez de algunos de sus postulados.⁴⁹

La percepción de que la biografía es un tipo de ejercicio de marcada autonomía con respecto a las reglas científicas de la disciplina de la historia, si bien no es respaldada con nuevos argumentos, sigue teniendo vigencia.

Sin negar su validez, el historiador norteamericano Oscar Handling, por ejemplo, dice que la biografía “es un conocimiento emparentado con el de la

49 Jerzy Topolski, “La verdad postmoderna en la historiografía”. Carlos Ortiz Sarmiento y Bernardo Herrera Tovar (eds), *Pensar el Pasado*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia y Archivo General de la Nación, 1997, p. 183.

historia, pero que constituye una actividad independiente"... "un sistema aparte, aun cuando algunos historiadores lo practican o lo mezclan dentro de un sólo libro".⁵⁰

Las críticas a la biografía como forma historiográfica se apoyan, sobre todo, en argumentos que ven en ella una mayor subjetividad del análisis, que conduciría a una distorsión de la disciplina y al debilitamiento de los soportes metodológicos y teóricos que dan validez a la historia como ciencia social.

La dificultad para resolver esa polaridad—entre el individuo que domina sobre el contexto y el individuo que pasa a ser reflejo de su tiempo—explica que algunos historiadores profesionales mantengan una posición ambigua, o de franco rechazo, con respecto al género biográfico. Pero la milenaria presencia de la biografía sigue teniendo gran vitalidad. Por otra parte, no hay otra respuesta válida distinta al recurso biográfico para estudiar el papel del individuo en la historia.

IV. La historia desde la biografía

Pese a que no faltan las voces críticas, como ya señalamos, la opción de reexaminar la historia desde la biografía es una tendencia que ha recobrado terreno. En Francia, los grandes historiadores medievalistas han escrito biografías de efecto renovador sobre la historiografía.

Recientemente, el medievalista Jean Flori publicó dos voluminosos trabajos sobre la vida de Ricardo Corazón de León, en 2002, y sobre su madre la controvertida Eleonora de Aquitania, en 2004. Con esos dos libros se refuerza la tendencia de los historiadores franceses, tan proclives a recrear formas y renovar los nombres, a trabajar en lo que llaman "histoire de profondeurs". En cada una de las biografías, Flori construye una visión de los dos personajes legendarios a la luz de una documentación muy *sui generis*, a la vez que incorpora al centro del análisis el mundo de las cruzadas y los torneos de caballería, y el reinado de los Plantagenet en Inglaterra, plagado de conflictos familiares y tensiones con la nobleza feudal.

Una serie de trabajos que hemos tenido ocasión de revisar, son particularmente representativos del empleo de la biografía como estrategia metodológica, pero no a la manera de la prosopografía o las historias de vida sino ajustados a los cánones del género que articula el seguimiento de una trayectoria vital con la trama colectiva.

50 Oscar Handling, *La verdad en la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 265.

En los ochenta se publicó en Colombia la tesis doctoral de Herbert Braun, **Mataron a Gaitán**, que propone estudiar el bogotazo y para entenderlo estudia la vida, el liderazgo y el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, y termina siendo un estudio de la cultura y la política colombiana. Braun explica en la Introducción su propósito con estas palabras:

“Decidí estudiar el 'bogotazo'... para alejarme del pensamiento macrohistórico, dominado por las ciencias sociales, acerca del pasado y del futuro de América Latina. Había empezado a desconfiar de los diversos modelos conforme a los cuales los estudiosos de diversas convicciones políticas deducen las causas de la tradición y del atraso de América latina, Estos modelos”... “a menudo nos dicen más de las preconcepciones del investigador que de la historia misma. Resolví por lo tanto estudiar algo excepcional, y reducido, a fin de enterarme de las que entonces parecían desviaciones significativas dentro de un proceso teleológico. Al mirar la historia de Colombia a partir de un suceso accidental e impredecible, comencé a ver patrones históricos que no están incluidos en las dicotomías tradicionales de sociedades desarrolladas y subdesarrolladas, avanzadas y dependiente”⁵¹

En la historia venezolana, pese a los fuertes protagonismos propios de un tejido social débil, se han escrito pocas biografías y muy escasas sobre los grandes héroes, como ya señalamos.

Algunas excepciones, sin embargo pueden considerarse modelos, incluso tomando en cuenta que ha transcurrido casi medio siglo desde que fueron escritas: **Los días de Cipriano Castro**, de Mariano Picón Salas, **El regente Heredia**, de Mario Briceño Irigorry, **El Libertador**, de Augusto Mijares, **Guzmán elipse de una ambición de poder**, de Ramón Díaz Sánchez.

Un ejemplo más reciente de biografía que traza una estrategia metodológica para construir una explicación en distintas escalas, es la de Manuel Caballero, **Gómez, el tirano liberal** (1993) que estudia al personaje para analizar una manera de practicar la política, no la de Gómez, sino la de los venezolanos de la época.

En mi propia experiencia de investigación, el recurso biográfico ha sido fundamental para el análisis de las relaciones de poder, sobre todo las que enlazan la política con los negocios, en el estudio de William Pile, un personaje poco

51 Herbert Braun, **Mataron a Gaitán**. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987, p. 13.

conocido pero con actuación pública destacada en Estados Unidos y en Venezuela.

En este trabajo, el tema del ciclo vital del personaje, construido con fragmentos de información incompleta y dispersa, fue a la vez el hilo conductor y una estrategia metodológica. La diversa actuación de Pile y sus itinerarios geográficos fueron un valioso recurso para conectar y explorar historias que ocurren en distintos escenarios y permiten observar los entresijos de las relaciones de poder en esos dos países.⁵²

Para definir el camino metodológico de este trabajo, algunas lecturas fueron importantes. Uno fue **A Distant Mirror**, de la historiadora Barbara Tuchman, que estudia los efectos de la Peste Negra (1348-1350) en la sociedad europea de la segunda mitad del siglo XIV.⁵³ Para manejar mejor ese vasto campo, Tuchman explica que escogió la biografía de un noble francés, Enguerrand de Coucy, un personaje poco conocido que vivió entre 1340 y 1397, el período de su interés.

La circunstancia de que no fuera un personaje central en su tiempo, permite que el análisis no se desvíe hacia su persona y se mantenga enfocado hacia el tema social. Además, Enguerrand de Coucy contrajo matrimonio con una de las hijas de Eduardo III de Inglaterra, circunstancia por la que quedaron vinculados a través del personaje los dos países que a Tuchman le interesaba estudiar.

Otro libro de interés fue el del historiador Medófilo Medina, **Juegos de Rebeldía**, que se ocupa de la biografía de Saúl Charris de la Hoz, un personaje de las filas secundarias de la política colombiana. Medina se propone identificar elementos de la historia política a través de la parábola de su biografía. A este tenor, el trabajo biográfico, de la historiadora venezolana Carmen Gómez, analiza, un personaje de la política local venezolana, Pedro Obregón, y desde la primera oración establece el papel de la biografía en su estudio:

*Este trabajo está concebido como un capítulo de la historia económica del siglo XIX vista a través de la actuación política y las actividades económicas de un personaje de tercer orden.*⁵⁴

En el caso de William Pile, no se trataba de una figura de primeros planos, de hecho, como ya indicamos, era casi un desconocido, pese a una actuación públi-

52 María Elena González Deluca, **Entre Fronteras ...** Caracas, 2000. (Sin publicar).

53 Barbara Tuchman, **A Distant Mirror. The Calamitous 14 th. Century.** Nueva York, Ballantine Books, 1979, pp. XIV-XV. Tuchman fue autora de libros de mucho éxito editorial, pero poco apreciada en el ámbito académico. Sus ideas, sin embargo, fueron útiles para mi trabajo.

54 Carmen Gómez, Pedro Obregón. **Política, Corrupción y Riqueza, Venezuela siglo XIX.** Caracas, Colección medio siglo de la Contraloría general de la República, p. 9.

ca de cierto relieve tanto en Estados Unidos, su país de nacimiento, y en Venezuela. Por esta circunstancia su biografía sirvió de hilo conductor para enlazar diversas historias y explicar la formación de los vínculos de poder que Pile utilizó en su beneficio.

El perfil peculiar del personaje lo hace atractivo como tema en sí, y de alguna manera resulta un personaje tipo. Es el individuo hechura de sí mismo, o de su propio talento, sin educación formal, capaz, sin embargo, de penetrar y actuar con alguna eficacia en círculos de poder. El medio en el que actúa es el de las naciones en construcción, de estructuras sociales y políticas flexibles y oportunidades económicas abiertas, donde tienen cabida personajes como Pile. La época corresponde a la expansión del capitalismo en la era de los ferrocarriles y de la creación de condiciones para la integración de los mercados. La versatilidad de los talentos de Pile y los distintos centros de poder en los que se mueve, permiten armar una estrategia metodológica para indagar sobre otros procesos y otros ámbitos.

Desde la biografía trato, entonces, de analizar algunos temas puntuales de la construcción de la nación y de establecer cómo funcionan las redes de poder en los dos países, los elementos contingentes y necesarios que permiten anudar las relaciones y las particularidades y elementos comunes que en cada ámbito confieren a esas relaciones su singularidad.

En la tarea de seguir el itinerario de un personaje que se mueve constantemente, primero en la geografía de su país y luego en Venezuela, y que también transita por distintos ámbitos culturales y de poder fue un instrumento conceptual de gran valor la idea de la frontera que se desplaza.

La frontera es un concepto fundamental en la historiografía de Estados Unidos desde el trabajo presentado por el historiador Frederick Jackson Turner "La significación de la frontera en la historia de Estados Unidos" (1893). Significación que no refiere a la línea divisoria entre territorios nacionales diferentes, sino al espacio móvil dominado por la cultura de origen europeo, que va perdiendo su condición europea y se va americanizando en el avance sobre los territorios de los pueblos indios.

Pile se mueve entre fronteras, circulando entre espacios y ámbitos culturalmente diversos, donde ejerce diferentes roles y desarrolla relaciones con distintas redes de poder. En mi trabajo el seguimiento del personaje, permite aplicar el concepto de frontera para definir su paso entre diversos espacios geográficos y culturales.

El trabajo resulta así un corte transversal de la historia de Estados Unidos y Venezuela que permite una perspectiva de observación comparada con amplias posibilidades analíticas.

Conclusiones

Los cánones de la historia como disciplina han sido objeto de un debate constante en el siglo XX. No su formalización metodológica que sin duda se ha enriquecido, sino los temas que tienen que ver con la teoría de la historia y la naturaleza del proceso histórico. A propósito de esta polémica, la biografía ha concentrado fuertes críticas, formuladas sobre todo en el ámbito académico.

Pero, fuera de las críticas a excesos como la exaltación de los protagonismos individuales, o al uso de recursos anecdóticos y narrativos, o las que en los últimos años rechazan los enfoques postmodernistas, poco hay de sustantivo en la discusión del tema biográfico.

Las críticas a las distorsiones que ocurren cuando el foco del análisis se centra en un protagonista tienen tanto fundamento como las que se aplican a otras expresiones historiográficas. Si el carácter multidimensional de la historia es desconocido, cualquiera sea la forma historiográfica que se practique, los resultados darán una visión equivocada.

En este sentido, sólo cabe señalar que tanto con la biografía como con otras formas historiográficas se corre el riesgo de obtener malos resultados, si los criterios fundamentales del oficio se aplican sin método. Hay buenas y malas biografías, de igual manera que hay buenos y malos libros de historia.

La imagen de la fanega de trigo derramada que recuerda Huizinga a propósito de la idea del peso del individuo en la historia, da cuenta de un falso problema. Si, como sabemos, la meta de la historia es comprender y explicar, es poco relevante determinar quién hace más ruido en un momento histórico dado.

El desafío es entender por qué un individuo puede llegar a tener una cuota decisiva de poder, por qué la sociedad, a veces con lucidez y otras ciegamente, es capaz de consentir una excepcional concentración de facultades en un individuo, sin evaluar bien los riesgos. ¿En qué condiciones las sociedades aciertan o se equivocan?

El problema de muchas biografías es que en el afán de explicar la supuesta excepcionalidad del individuo, parten de la premisa de que las respuestas de significación histórica están fundamentalmente en las cualidades del protagonista. De allí la importancia que se otorga al análisis de los atributos personales del líder, una opción metodológica que generalmente nos deja sin respuestas. En los casos de los llamados líderes carismáticos, las supuestas cualidades del personaje, suelen ser precisamente las menos individuales porque son las que sintonizan con el colectivo y lo hacen más aceptable.

Los grandes hombres generalmente suelen ser muy parecidos al resto de los mortales. Si sus atributos fueran muy singulares, serían ajenos a lo que la sociedad percibe como propio. En todo caso, no son las condiciones personales excepcionales las que suelen hacer popular al líder.

Las biografías dedicadas a personajes como Hitler, emblema del antihéroe todavía en estos tiempos, no han podido explicar su liderazgo por sus cualidades individuales y no logran desentrañar por completo el misterioso fenómeno por el cual la sociedad que produjo a Goethe, a Schiller, a Beethoven, y a tantos genios del arte, se arrojó al precipicio detrás de un individuo sin ningún rasgo de genialidad.

La biografía como forma historiográfica sigue teniendo ante sí el reto de afirmar su legitimidad y el único modo de hacerlo es depurando sus bases metodológicas. Su razón de ser, sin embargo, sigue en pie en tanto la historia sea lo que es: un complejo proceso colectivo que en sus caminos topa con trechos escabrosos, ocasión para los “salvadores”, que a veces ayudan a resolver las dificultades y en otras conducen a la senda que no es. La biografía es un buen recurso para explicar por qué los salvadores muchas veces no salvan. Desde la perspectiva metodológica, lo importante es que el individuo no cuenta solo, ni aislado, pero es un factor fundamental de la explicación.

En paráfrasis de la sentencia de Antonio Machado podemos decir que “El que no hable de un hombre, no habla del hombre; el que no habla del hombre, no habla de nadie”.⁵⁵

55 Antonio Machado, “Juan de Mairena”. *Obras Completas de Manuel y Antonio Machado*. Madrid, Editorial Plenitud, 1962, p. 1177. Machado escribió: “El que no hable a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie”.